

Enrique Díez-Canedo en México. El habitante del territorio de La Mancha

Allá en el Centro Histórico, donde resisten los palacios el temblor de la vida cotidiana de la Ciudad de México, se resguarda en una hermosa casa colonial de la calle Isabel la Católica, en el Ateneo Español, la memoria del exilio. Es la impresionante crónica de una experiencia colectiva que no sólo se hace biblioteca, documento e imagen, sino que es voz, recuerdo vivo, memoria palpitante de quienes sustentan y visitan este espacio donde además de custodiar el legado se conserva la vocación hospitalaria que le mostró México al exilio. Por eso en el Ateneo Español se abren las puertas como brazos a todo tipo de exposiciones, conferencias, recitales, presentaciones y al investigador se le otorga el regalo de la memoria escrita, documentada y el don de la palabra viva, el encuentro cálido con un testimonio oral que propicia la generosidad de todos los que hicieron de la partida el inicio de una nueva vida que nunca olvidó la patria de origen y que en el 1949 le fundaron no a la nostalgia, sino a su vida presente y pasada el espacio vivo de la memoria que es el Ateneo Español de México.

Volvieron en las carabelas del exilio para hacer de nuevo de México Nueva España como en el epigrama de Don Enrique: «Un día Nueva España se hizo México. Entraña/ ¿Cambió el nombre de las cosas? Jamás muda su esencia/ Hombre, ya estás aquí. Con tu sola presencia,/ para ti vuelve a ser México Nueva España»¹. Los mexicanos la llamaron la

¹ *Epigramas americanos*, Enrique Díez Canedo, Editorial Joaquín Mortiz, 1945, México.

segunda colonización, pero los exiliados no venían en carabelas de sangre y fuego, llegaron en aviones precarios como aquel al que llamaban los asturianos «La alpagata voladora», en barcos repletos como *El Marqués de Comillas* del que desembarcaría niña también huyendo de la Segunda Guerra Mundial la que sería la mejor escritora de México, Elena Poniatowska. Invitados por el Gobierno de Lázaro Cárdenas, los intelectuales de la República española no permanecieron mucho tiempo llorando bajo el árbol de la noche triste donde cuentan que Cortés lamentó la pérdida de sus ejércitos. La derrota no había derrotado a los hombres de la España Peregrina, a los exiliados que se asentaron en México ahítos de nostalgia, preñados de esperanzas, agotados y feroces, dispuestos a dormir en el mostrador de sus tiendas como me contaba Enrique Vargas, tiendas que se volvían emporios industriales con el mismo empecinamiento con el que los intelectuales de la República se asentaban en la vida cultural del México de los cuarenta: «Realmente, tomaron la cultura mexicana y la pusieron patas arriba. La sacaron de sus fronteras nacionalistas y chovinistas, y le dieron una perspectiva mucho más internacional.»² afirma Carlos Fuentes, miembro de aquella generación de escritores llamada la del Medio Siglo que se benefició de la influencia bienhechora de los españoles, españoles que fueron filósofos, profesores de Universidad, maestros de Escuela como los que recuerda con gratitud el dramaturgo Hugo Argüelles que le hicieron leer en su Veracruz natal a los autores del Siglo de Oro y a los escritores mexicanos contemporáneos, médicos, físicos, diplomáticos, cineastas como el extremeño Luis Alcoriza, compañero inseparable de Luis Buñuel, escritores, periodistas... hombres que crearon en torno a sí mismos un tejido de esperanza, una textura de colaboración que no excluía a quienes les habían recibido y participaban de sus proyectos culturales, hombres que llevaron el Madrid anterior a la guerra a la capital de México, con sus tertulias, sus cafés, sus olores, sus sabores, el pan que en México siempre hacen los españoles, sus revistas, sus voces inusitadas para los oídos mexicanos, su esperanza, su desesperanza, su rabia y su febril apasionamiento encarnado en un León Felipe como violín agudo pero no viejo y roto. Españoles que rompieron con la hispanofobia existente en un México donde se grita «Muerte al gachupín» el día de sus fiestas patrias al tiempo que se le abren las puertas a una corriente humana que dio lo mejor de sí misma como recuerda Carlos Fuentes «Y

² Declaraciones de Carlos Fuentes a la Revista Quimera. Número 175, Diciembre 1998.

de repente, tuvimos esta invasión de creadores, y de artistas, que fundaron la universidad moderna, las editoriales, la industria cinematográfica»³.

Artistas como Enrique Díez-Canedo. La suya es, como tantas otras, la historia de una palabra exiliada, escindida que encontró un nuevo eco en lo que para los españoles se constituyó en una «Nueva España». Pero el caso de Díez-Canedo es excepcional porque su vinculación con América, el compromiso de su palabra es anterior al exilio, a la marcha forzada. Porque el pacense Enrique Díez-Canedo era antes de México, un habitante insigne de ese territorio que el mismo Carlos Fuentes denomina «el territorio de la Mancha». Nacido en Badajoz el 7 de enero de 1879, la infancia y adolescencia de Díez-Canedo discurrió por varias ciudades fronterizas debido al trabajo de su padre perteneciente al Cuerpo Técnico de Aduanas, por eso será durante toda su vida un hombre dúctil a los cambios y consciente del paisaje que perdura, de la amistad que sobrevive al traslado y a la desdicha, como tendría ocasión de comprobar en el exilio cuando se produce el reencuentro con los que eran sus compañeros en el periódico y la tertulia, en la polémica y en la política. Abogado de formación, Díez-Canedo se inicia en el periodismo enviando colaboraciones a un periódico de su Badajoz natal donde aparecen los primeros textos de quien va a ser considerado uno de los críticos literarios más sobresalientes de nuestro siglo, un importante poeta y uno de los periodistas más prolíficos de la época más compleja y fructífera de la historia literaria española. Testigo de un tiempo que ha estudiado minuciosamente José María Fernández Gutiérrez, Díez-Canedo se convierte a partir del año 1907 en pieza esencial en casi todas las publicaciones de una época marcada por el Modernismo en la poesía y por los cambios ideológicos. Traductor, conferenciante, periodista, poeta de ecos postmodernistas y resonancias de la lírica popular, crítico de todo género literario especialmente de teatro, el nombre de Enrique Díez-Canedo aparecerá ligado a numerosas revistas y periódicos así como a movimientos de talante renovador como la Institución Libre de Enseñanza o el periódico *El Sol*. Pero no es su ingente labor como periodista y crítico lo que quisiera señalar en esta ocasión, sino su interés por la literatura hispanoamericana, que le convierte en un precursor.

³ *Ibidem*.

Las carabelas habían vuelto a España con la voz de Júpiter tronante de Rubén haciendo escala en el puerto parisino, Clarín que dirigiera sus solos hacia el otro lado del océano y Unamuno que se carteara con la poeta Delmira Agustini, eran gloriosas excepciones de una intelectualidad que no atendía en exceso otra voz a la que Díez-Canedo prestó una atención preferente, vertiéndola en aquellas publicaciones en las que colaboró de forma muy activa. Y su atención tuvo un inicio: el viaje que en 1927 haría por toda Hispanoamérica como conferenciante, su prestigio como crítico literario y los sucesivos cargos diplomáticos que le ofrecieron le convirtieron en un mensajero del intercambio, en ese habitante de la Mancha que aprovechó su entrada en la Real Academia de la Lengua en 1935 para hacer el llamamiento que ahora, años después, Carlos Fuentes reitera bajo el nombre de «Territorio de la Mancha», un espacio donde la lengua se convierte en el lugar común donde unirnos en el abrazo literario que Díez-Canedo dispensó a todos desde su Discurso de ingreso contestado por Tomás Navarro Tomás. No deja de ser interesante la elección para el sillón de la Academia de un hombre situado en esos «margenes» de la literatura como lo son las traducciones, la crítica literaria y el periodismo, un hombre que descollaba como poeta en una época de poetas insignes y que estaba dedicado al estudio y la difusión de la literatura Hispanoamericana en las publicaciones y tertulias de aquel Madrid turbulento donde el talante sosegado, metódico y ordenado de Díez-Canedo era un revulsivo. Un hombre que afirmó valerosamente la falta de organización de una vida editorial que no difunde la producción latinoamericana en una España que debe mirar hacia ella sin reparar en fronteras porque «Hay un elemento común que por ser la primera materia literaria se impone sobre todos y los domina: la lengua»⁴. Con anterioridad a Carlos Fuentes, Díez-Canedo había hecho ya del Territorio de la Mancha un espacio donde convivir estrechamente en la «Unidad y diversidad de las letras hispánicas», una diversidad según el académico, correspondiente a la diversidad de esa España que está a punto de desgarrarse a sí misma. Un espacio donde hablar de Juan Ramón Jiménez, de Rubén Darío, del teatro de Alarcón, de los poetas colombianos, de los dramaturgos argentinos y del perfil de Sor Juana. Todo cabía en la pluma atenta de un Díez-Canedo que contempla desde las redacciones de sus periódicos y revistas

⁴ *Unidad y diversidad de las letras hispánicas*, Letras de América, Enrique Díez Canedo, Fondo de Cultura Económica, 1983, México.

el estallido de un conflicto que le encuentra como embajador en Buenos Aires. Su renuncia al cargo y su regreso a un país en guerra dicen mucho del talante humano profundamente ético de un hombre que contempla la guerra desde Barcelona, dedicado como siempre a la escritura en las publicaciones de la contienda y que asiste al Congreso de Intelectuales Antifascistas celebrado en Valencia donde se encontrarán, como en un anticipo cruel, los futuros exiliados con los mexicanos más afectos a la República como Octavio Paz. La derrota es tan inminente que Díez-Canedo acepta el ofrecimiento de la Universidad Mexicana y desembarca en México el 12 de octubre de 1938, una fecha significativa que iniciará los años mexicanos de un autor que no puede ser exiliado del territorio amplio de su auténtica patria: la lengua.

No hay tiempo para lamentar la pérdida de sus archivos, de su ingente tarea en los periódicos. Como todos los exiliados que llegaron después, venidos de los campos de concentración franceses en junio del 1939, Díez-Canedo se dispuso a continuar su trabajo desde la pérdida y la distancia. Es cierto que desde el principio contó con su cátedra en la Universidad mexicana y un puesto en el Colegio de México, pero también es verdad que su trabajo y su prestigio sirvieron para ayudar a muchos otros exiliados que fueron conformando el consejo de redacción de revistas y publicaciones como *Nuestra España* o *España Peregrina*, órganos portavoces de un exilio que borraba las disputas y diferencias que pudieran tener entre sí gentes como José Bergamín, Juan Larrea, Corpus Barga o Tomás Navarro. La tragedia que ha escindido sus vidas les ha forjado una hermandad solidaria que a veces resulta difícil de aceptar por lo excluyente para un talante ecuánime y conciliador como el de Díez-Canedo a quien no se le ve en las tertulias más feroces de los exiliados que llenan sus horas de planes para el regreso y cruzan apuestas sobre la duración del gobierno de Franco. Eran tales sus denuestos quijotescos y tan agotadores sus argumentos para la cortesía innata del mexicano que jamás levanta la voz, que Max Aub contaba la anécdota del camarero mexicano que toma un barco y en España mata a Franco para que cesen las algaradas de los españoles.

Díez-Canedo no participa de este talante reivindicativo del grito y la queja, su tarea se forja en la revista *Romance* donde participa con Neruda, Enriquez Ureña, Rómulo Gallegos o el cubano Marinello, en la relación con Alfonso Reyes, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer o Enrique González Martínez. Como siempre, no se circunscribe a un ámbito cerrado, sus tra-

ducciones, colaboraciones, antologías, recorren el continente y vuelven a la poesía europea. Como en Madrid, promueve tertulias y promueve a sus amistades, espera con los brazos abiertos a un Max Aub de quien se dijo que estaba muerto y apoya a un León Felipe al que descubrió años atrás publicando sus poemas en la revista *España*. Como en Madrid, retoma su trabajo de crítico teatral iniciado en el madrileño periódico *El Globo* en 1908 en *La nación* de Buenos Aires y en los mexicanos *El Universal* y *Excelsior*. Díez-Canedo continúa con su admirable capacidad de trabajo, con sus múltiples intereses que le llevan de un lado a otro del país como conferenciante y le convierten en un promotor de la vida cultural mexicana codo a codo con los mexicanos. Son los años de la publicación de varios de sus libros donde recupera numerosos artículos, trabajos y conferencias, son los años de los delicados tomos de poesía dedicados a sus hijos que retoman el tono ligero y feliz de la lírica popular medieval y un paisaje que recuerda con nostalgia y con un sentido dramatismo el lejano campo de la infancia, la visión extremeña de un paraíso perdido, los años en los que una obra sólida y dispersa se constituye en libro, en unidad que dignifica la pieza aparentemente transitoria de la conferencia, la presentación, la crítica literaria en el periódico, la reseña.

Díez-Canedo, practicó la crítica literaria y teatral como nadie. Y no solamente por lo sagaz e inmediato de sus conclusiones porque es bien sabido que la crítica, sobre todo la teatral necesita inmediatez y es perentoria y conclusiva. Díez-Canedo fue el más ecuánime de los hombres y por lo tanto, el más acertado de los críticos. Habitante de un tiempo apasionado y desgarrado donde cualquier manifestación era una declaración política, Díez-Canedo se destacó en España por su liberalismo callado y constante, porque obras son amores y alguien que participa en la redacción de *El Sol*, comparte tertulias con Azaña, ha estado vinculado toda su vida a la Institución Libre de Enseñanza y tiene un hijo tramoyista en el proyecto de García Lorca «La Barraca» no necesita declaraciones grandilocuentes. La renuncia a su cargo de embajador cuando estalla la guerra es un gesto heroico del que no hablará en México donde el exilio español tiene también un espacio para el golpe de pecho. El suyo va a ser un trabajo constante que alimenta las páginas mexicanas de artículos variados donde el crítico sigue siendo riguroso, alejado de la rapacidad y el amiguismo que impera en un campo donde es fácil someterse al servilismo. Un trabajo que recibe el reconocimiento de las instituciones mexicanas, y que se publica en los últimos años de su vida en forma de libro:

Conversaciones Literarias, Letras de América, El teatro y sus enemigos, recopilaciones de sus artículos y conferencias que aún no se han completado y a los que se unen las delicadas ediciones póstumas de sus exquisitos libros de poesía: *Jardinillos de Navidad* o *La vida clara*, pequeñas joyas que guarda la biblioteca del Ateneo Español como tantas primeras ediciones que Leonor Sarmiento rebusca ella misma entre los anaqueles de la memoria.

Enrique Díez Canedo murió en 1944 arrojado por toda la intelectualidad española en el exilio y por la mexicana que había perdido a uno de sus mejores estudiosos y que no dejó a través de las editoriales Fondo de Cultura Económica y del Colegio de México de publicar sus recopilaciones, trabajos que también vieron la luz en la que es hasta ahora una de las editoriales más representativas y prestigiosas del país, la fundada por Joaquín Díez-Canedo en el año 62, el hijo de Don Enrique a quien le corresponde parte del trabajo de ordenación de una obra indispensable difundida en cientos de páginas... la mayor parte de la obra crítica de Enrique Díez-Canedo ha venido a quedar hasta ahora dispersa en los periódicos y revistas en las que colaboró asiduamente. Es de temer que la tarea de reconstruir su archivo de recortes no alcance a completarse nunca, dada la enorme diversidad de las fuentes y a la inaccesibilidad de algunas de ellas⁵. El trabajo del editor convierte los fragmentos dispersos de una pluma excepcional que acercaba la literatura a las artes plásticas como en el sorprendente texto «Los dioses en el Prado», escribía epigramas, crítica teatral sin negar el carácter perentorio de la crítica teatral, cursos de literatura, prólogos, conferencias sobre Goya, reseñas y estudios literarios sobre románticos, modernistas, amigos, vivos y muertos en volúmenes unificadores que no dejan de sorprendernos por la claridad de sus juicios y la actualidad de sus opiniones, trasladando el subgénero de la crítica del periódico o la revista al libro, dotándolo de mayor trascendencia.

Joaquín Díez-Canedo no es solamente el recopilador de la obra de su padre. La suya es otra historia excepcional ligada al exilio y a la cultura contemporánea mexicana. El estallido de la guerra encontró al hijo de Don Enrique en pleno servicio militar, soldado republicano, funda la revista *Floresta* y envía sus misivas al extranjero oculto bajo el seudónimo

⁵ Prólogo de Joaquín Díez-Canedo a *Conversaciones literarias 1*, de Enrique Díez Canedo, Joaquín Mortiz, 1964, México.

de Joaquín M. Ortiz para no revelarse hijo de un destacado diplomático y académico exiliado que recibe a su hijo en el año 1940 tras numerosas vicisitudes. Joaquín se integra también en la redacción de la revista *Romance* y trabaja en la Editorial Fondo de Cultura Económica hasta que con Bernardo Giner de los Ríos abre la Editorial Joaquín Mortiz, utilizando su seudónimo republicano. Joaquín Mortiz sigue siendo una de las editoriales más prestigiosas de México, un espacio dedicado a descubrir nuevos valores que compaginaba el rigor con la generosidad más absoluta, herencia indudable de un padre como Díez-Canedo. Un espacio según el escritor José Agustín «Donde publicar era una meta aunque hubiese que competir con numerosos manuscritos (era célebre el temible e inmenso mueble donde yacían cientos de obras que aspiraban a la publicación), Mortiz era una casa amiga y nunca hubo atmósferas prepotentes, intimidantes o peor aún, pedantes»⁶. La herencia de Don Enrique. Una herencia en el que publicaron los autores del Medio Siglo y los escritores de la Onda, el movimiento liberador de la novela mexicana que llenó las páginas de irreverencia y renovación y al que pertenece José Agustín. Una editorial fundada por españoles como lo es la Editorial Era, cuyo director, el catalán Espresate publicó el libro de Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, sin aceptar las presiones del gobierno mexicano que amenazaba con toda clase de represalias si convertía en letra de imprenta la más valerosa de las denuncias que haya hecho nunca un periodista en la historia de América Latina. Espresate ni se inmutó, el había sido un soldado republicano anarquista por más señas y no le asustaba una bomba más ni una amenaza menos. El coraje del exiliado.

Un coraje que se asentó en el territorio de la Mancha para seguir escribiendo, publicando, fundando, instruyendo. Un legado que se ha imbricado fuertemente en la tierra donde fueron transplantados los árboles, los esquejes de una contienda que arrancó de cuajo unas vidas que retoñaron. Habitantes del territorio de la Mancha, los hombres como Díez-Canedo descubrieron un espacio del que no podrían ser exiliados y donde continuaron su trabajo, su vida escindida que se volvió riqueza para un nuevo mundo, un valiente mundo nuevo que se llamó México y que se resguardó de la memoria entre las paredes del Ateneo Español. Entraña ¿Cambió en nombre de las cosas? Y Don Enrique, Don Joaquín

⁶ Declaraciones de José Agustín a la Revista Memoria de Papel. Año 3, Número 5, Marzo 1993, México.

Díez Canedo, Espresate, Leonor Sarmiento, Fernando de la Lama, German Robles y cuantos sustentan la memoria del exilio responden: jamás muda su esencia.

ROSARIO ALONSO MARTÍN